

Hay motivos para creer que Beit-Fagur es la ciudad de Phagor mencionada en la versión de los Setenta.

Explorados los principales puntos que son dignos de llamar la atención del viajero á uno y otro lado del camino directo que conduce á Belén, volvamos á él, y hallaremos en elevado cerro, desde cuya cima se divisa imponente paisaje, las ruinas de Thecua. Los valles son cada vez más hondos, y las montañas aparecen con más severo aspecto, el monte de los Francos levanta á la vista un cono que por su regularidad diríase que fué formado por mano humana, si su grandiosidad gigantesca no revelase el poder de Dios. Hállase después el cauce de un torrente, y súbitamente vése el viajero precisado á trepar en áspera cuesta, hasta llegar á una altura pedregosa, en frente de la cual se levantan los montes de Moab, más altos que los de la Judea, en uno de los cuales, hacia el sudeste, se divisa la ciudad de Kerak; á pesar de su gran altura, á cierta distancia parecen una superficie elevada y continua, quebrándose profundamente por las pendientes que miran al mar Muerto.

La ciudad de Thecua, aunque destruída, recuerda sucesos interesantes. Thecua era una fortaleza del desierto, construída ó restaurada por Roboam para tener á raya á sus enemigos de las orillas del mar Muerto. Era patria de aquella mujer de tanto talento y despejo que Joab envió á buscar para reconciliar á Absalón con su padre David, que no quería verle en la corte después del cruel fratricidio que había cometido. Como los hechos históricos vienen á ser como los eslabones de una cadena, antes de historiar este hecho historiemos los antecedentes.

Ventura y gloria no faltaban á David delante de los hombres; pero había caído para con Dios en un crimen, que fué para el resto de su vida una fuente inagotable de penas y de lágrimas. Un día que él se paseaba por el terraplén de su palacio, vió á una joven que se bañaba, y no resistiendo su primera tentación, y después de informarse y saber que entonces era la mujer de Uría, uno de los treinta valientes, ocupado en el sitio de Rabbath, la mandó á buscar, y cometió con ella un adulterio. Poco después, ella le hizo comunicar que estaba en cinta. La ley de Moisés declaraba reos de muerte á la mujer adúltera y á su cómplice. La perplejidad de David fué extrema. Había dado entrada en su corazón al pecado; este veneno produjo sus funestos resultados. Esperaba encubrir su crimen y engañar por la astucia al esposo de la mujer ofendida, y dió orden á Joab para que le mandara á Uría con una comisión. Uría se presentó delante del rey. Este, habiéndole entretenido algún tiempo, se despidió de una manera amigable: «Ve á tu casa y lávate

los pies. Le mandó también regalos de su mesa; pero Uría no quiso ir á su casa, y se quedó hechado á la puerta del palacio. Habiéndole preguntado al día siguiente David por qué no se había ido á su casa, el valiente guerrero contestó: «El arca de Dios é Israel y Judá habitan en tiendas; Joab, mi general, y los servidores de mi señor moran sobre la tierra; ¿y he de entrar yo en mi casa para beber, y comer, y dormir con mi mujer? Para salud vuestra y de vuestra alma, nunca haré yo una cosa parecida.» David le dijo que se quedara aquel día, y que al siguiente marcharía. Le hizo comer y beber en su mesa hasta embriagarle. Pero por la tarde se acostó como el día anterior á la puerta del palacio, y no se fué á su casa. Al otro día por la mañana le mandó David con una carta para Joab: «Poned á Uría á la cabeza de un batallón en el lugar en que más rudo fuera el combate, y haced de manera que sea abandonado, y que en él perezca.» Joab ejecutó al pie de la letra el mandato del rey, y le notificó bien pronto la muerte de Uría. La mujer de este último, Betsabé, que sin duda ignoraba que se hubieran puesto asechanzas á la vida de su esposo, después de haberle llorado por algún tiempo se la llevó David á su palacio y la tomó por mujer de la cual tuvo un hijo. Pero esta acción desagradó mucho á Dios.

Y el Eterno mandó al profeta Nathán cerca de David, para que le dijera: «Dos hombres había en una ciudad, rico el uno y pobre el otro. El rico tenía ovejas y bueyes en gran número; pero el pobre no tenía más que una ovejita que él había comprado, alimentado y criado en unión de sus hijos; comiendo su pan, y bebiendo en su copa, y durmiendo en su cama, queriéndola como á una hija de sus hijas. Llegado que hubo un viajero á la casa del rico, este no quiso tocar á ninguna de sus ovejas para obsequiar á su huésped, pero arrancó al pobre la única que tenía, y con ella hizo un banquete para el que había venido á visitarle.» Lleno David de cólera contra este hombre, dijo á Nathán: «Vive Jehová, hijo de la muerte es el que ha cometido esa acción.» Nathán respondió: «Vos sois este hombre», reprendiéndole en nombre del Señor tan doble crimen, el adulterio y el asesinato, y su ingratitud para con Dios, que de tantos bienes le había colmado, le anunció que habian de sobrevenir sobre su casa muchas calamidades, que la espada haría en ella muchos destrozos, y que él tenía que dar satisfacción pública por lo que respetaba á sus mujeres. David dijo entonces á Nathán: «He pecado contra Dios.» Nathán le respondió: «También el Señor ha perdonado tu pecado, ya no morirás; pero puesto que has sido causa de que los enemigos de Dios hayan blasfemado, el hijo que te ha nacido morirá en verdad.»

Cayó, pues, el hijo gravemente enfermo. David rogaba al Señor noche y día por su vida, prosternado en tierra. En vano le hablaban los ancianos de su casa para que se levantara. El hijo murió al séptimo día. Nadie quiso llevarle la nueva á su padre; pero se apercibió de que sus servidores hablaban muy bajo, y les preguntó: «¿Se ha muerto el niño?» «Ya ha muerto», le contestaron. Entonces David se levantó de la tierra, tomó un baño, se perfumó de aceite, cambió sus vestiduras, entró en la casa del Señor, y le lloró. Vuelto á su casa, se hizo servir pan y comió. Sus servidores, admirados, le dijeron: «¿Cómo se explica la conducta que habéis observado? Ayunábais y llorábais por el hijo cuando aun estaba en vida, y ahora que ha muerto os laváis y coméis.» A lo cual el respondió: «He ayunado y también llorado por el hijo cuando aún estaba en vida, porque me decía á mí mismo: «¿Quién sabe? quizás Dios tenga compasión de mí, y el niño vivirá; pero ahora que ya es muerto, ¿por qué he de ayunar? ¿Por ventura le podría yo volver á la vida? Yo sí que iré á él, pero él no volverá á mí.»

David consoló á Betsabé por la pérdida del niño, cuyo nacimiento y muerte tenía ella también que llorar. Concibió nuevamente, y dió á luz á un niño que llamó Salomón, ó *el Pacífico*, por una profética alusión á la futura tranquilidad de su reinado, y en un sentido más elevado al Príncipe de la Paz, el Mesías, de quien Salomón debía ser su figura. El Eterno amaba á aquel niño, y le dió por medio del profeta Nathán el nombre de Yedidiah, es decir: *bien amado del Señor*.

De esta suerte cayó David, desde la cima de la virtud en la profundidad del crimen. Después de semejante ejemplo, ¿quién se atreverá á decir, yo no caeré nunca? Ya había nacido el fruto del adulterio, y el culpable no entraba todavía en sí mismo, ni confesaba todavía su pecado. ¡Yo he pecado contra el Eterno! No, no es dado apreciar la caída de semejante hombre. Todo lo que nosotros podemos, es prosternarnos con él en la tierra, y con él bendecir la misericordia de Dios, que le sacó de aquel abismo y elevó tan alto entre los Santos.

«Habéis hecho blasfemar á los enemigos del Señor», decía Nathán. La caída de David les hace blasfemar todavía. No conocían con que ardor había amado aquel hombre á su Dios, que tanto le había perdonado. Si su conducta se trueca para algunos en escándalo, la enmienda anima á muchos que como él cayeron. Después de esta profunda caída, después que el profeta le dijo que el Señor le había perdonado su pecado, exclamó del fondo de su corazón hacia el que le había convertido á su misericordia; su dolor, su fe, su esperanza, su amor, se manifestaron ostensiblemente en aquel cántico de penitencia que millones de voces

han repetido después de él, que millones de voces repetirán hasta el día en que Dios enjuge las lágrimas de los suyos.

»Ten piedad de mí ¡oh Dios! según la grandeza de tu misericordia: y según la multitud de tus piedades borra mi iniquidad.

»Lávame todavía más de mi iniquidad, y límpiame de mi pecado;

»Por que yo reconozco mi maldad, y delante de mí tengo siempre mi pecado.

»Contra tí solo he pecado,—pues tú solo eres mi juez, tú solo mi superior y legislador supremo, á quien yo, que como rey soy superior á todos los demás, he de dar cuenta de mi conducta;—y cometido la maldad delante de tus ojos; perdóname, Señor, para que aparezca justo en cuanto hables, y quedes victorioso en los juicios que de tí se formen.

»He aquí que fué concebido en iniquidad y que mi madre me concibió en pecado.

»He aquí que tú has amado la verdad: tú me revelaste los secretos y los recónditos misterios de tu sabiduría.

»Rociarásme, Señor, con el isopo, y seré purificado; me lavarás y quedaré más blanco que la nieve.

»A mi oído darás gozo y alegría; y se recrearán mis huesos abatidos.

»Aparta tu rostro de mis pecados, y borra todas mis iniquidades.

»Crea en mí, ¡oh Dios! un corazón puro, y renueva en mis entrañas el espíritu de rectitud.

»No me arrojes de tu presencia, y no retires de mí tu santo espíritu.

»Restitúyeme la alegría de tu salud; y fortaléceme con un espíritu principal.

»Yo enseñaré tus caminos á los malos, y se convertirán á tí los impíos.

»Librame de la sangre,—del reato, ó castigo que merezco por la sangre de Uriás,—¡oh Dios, Dios Salvador mío, y ensalzará mi lengua tu justicia.

»Oh Señor, tú abrirás mis labios, y publicará mi boca tus alabanzas.

»Que si tú quisieras sacrificios, ciertamente te los ofreciera; mas tú no te complacerás con solos holocaustos.

»El espíritu compungido es el sacrificio más grato para Dios: no despreciarás, oh Dios mío, el corazón contrito y humillado.

»Haz bien, Señor, á Sión con tu buena voluntad, para que se edifiquen los muros de Jerusalén..

»Entonces aceptarás sacrificios de justicia, ofrendas y holocaustos, entonces inundarán sobre tu altar la carne de los becerros.»

Las desgracias domésticas que el profeta Nathán había anunciado

á David, comenzaron por una pasión incestuosa de su hijo Amnón con Thamar, su hermana, pero nacida, así como Absalón, de otra madre, á saber, Maacha, hija del rey de Gessur. Según consejo de su amigo Jonadab, sobrino de David, Amnón se fingió enfermo y logró que Thamar fuera á curarle. Faltóla en aquel momento. Al instante su impuro amor se trocó en aversión y odio. «Levántate y véte de aquí» la dijo. Y como en su turbación le dijera algunas palabras sobre aquella nueva afrenta, la mandó poner á la puerta por uno de sus criados del modo más vergonzoso. Absalón supo por su hermana el doble ultraje que Amnón le había inferido. Disimuló su resentimiento por espacio de dos años, hasta que en un trasquilo de ovejas que tuvo lugar en su casa de campo, donde según antiguos usos se celebraba con un banquete, se le presentó ocasión de vengarse. A él invitó á todos sus hermanos, y en él hizo dar muerte á Amnón cuando el vino comenzaba á turbarle la cabeza. La noticia de este desagradable suceso alcanzó mayores proporciones en su transmisión á David, pues le anunciaron que Absalón había dado muerte á todos los hijos del rey. El padre, inconsolable, desgarró sus vestiduras y se arrojó en el polvo; pero presto supo que solo Amnón había sido muerto.

Por razones que David tuviera para mostrarse resentido contra Absalón, siempre era su padre, tanto más que, según la historia nos dice en lo sucesivo, tenía hacia él como había tenido para con su hermano Amnón, un cariño especial. Esto tuvo muy en cuenta Joab, diestro cortesano y hábil capitán. Deseaba reconciliar al hijo con el padre, y escogió el medio siguiente: hizo venir de Thecua una mujer discreta, y la instruyó en lo que había de decir al rey. Vestida en traje de luto y sin perfumes, se presentó á David lamentándose, como viuda desconsolada, de que teniendo dos hijos, había dado muerte el uno al otro en una disputa, y que el segundo estaba amenazado á perecer sufriendo igual pena, arrancándola con esto el único consuelo que le quedaba, y el único medio de no extinguir el nombre de su esposo. David, conmovido de dolor por la madre, la presta protección. Entonces con gran destreza y maestría hizo aplicación de este caso al mismo rey, y le suplicó que mandara llamar á Absalón. «Nosotros morimos, dijole ella, y nos deslizamos por la tierra cual corrientes de agua para no volver jamás; pero Dios no quiere que perezca una alma, difiere su venganza á fin de que el que ha sido por él despreciado, no se pierda enteramente.» David se imaginó desde luego que esto obedecía á las instigaciones de Joab, y al fin ella así se lo confesó. El rey dijo entonces á Joab

que podía ir á buscar á Absalón; pero este debía marchar á su primitiva morada, y nunca presentarse á presencia del rey.

Dos años transcurrieron antes que fuera permitido á Absalón presentarse á su padre, al fin de los cuales le recibió en gracia y le besó.

Hira, uno de los treinta valientes que acompañaban á David, había nacido en Thecua; después fué patria de los dos profetas Amós y Habacue; Amós además murió allí, y en la época de San Gerónimo todavía se enseñaba su sepulcro, pero la ciudad de Thecua ya no era más que una aldea.

He aquí lo que nos dice la historia de lo que fué causa de la muerte de Amós. Este profeta se ejercitaba en el oficio de pastor. Llenó del espíritu del Señor fué á reprender valerosamente á los judíos é israelitas sus desórdenes, vaticinándoles el cautiverio que sufrirían por haberse olvidado de Dios. Su celo en corregir los idólatras le mereció el martirio; fué molido á palos en Samaria, y habiéndosele trasladado á Thecua, casi muerto, espiró allí, y fué sepultado en la misma ciudad.

Según el libro II de Esdras Thecua fué repoblada al regreso del cautiverio, y contribuyeron sus moradores á la reconstrucción de los muros de Jerusalén.

Un siglo y medio antes de Jesucristo, Bacchides, general de Demetrio, aprovechando las tristes circunstancias en que se hallaban los judíos, pues expuestos á los rigores del hambre, y sin jefe á causa de la muerte de Judas Macabeo, se vieron poco menos que reconocerle por gobernador, para robustecer su autoridad, mandó buscar los principales partidarios de los Macabeos, y los hizo morir en medio de los tormentos más crueles. Los judíos que conservaban todavía algún amor á la religión y á su patria conjuraron á Jonatás para que se pusiese á su cabeza á fin de detener los progresos del general Sirio. Informado Bacchides de que Jonatás había reunido tropas, fué á él de noche para sorprenderle, y le obligó á retirarse con un pequeño número de los suyos hacia las desiertos de Thecua.

Es de tradición que los niños de aquella ciudad fueron víctimas del bárbaro decreto de Herodes.

Mientras Tito estaba en Jerusalén, envió á Flavio Josefo á Thecua con mil caballos para reconocer si la posición se prestaba para establecer un campamento.

La tradición de que reinando Teodosio el Joven padecieron en Thecua el martirio gran número de religiosos, es cierto; pues con es temotivo refiere Casiano un hecho bastante singular. Era tal, dice, el concepto en que se tenía su santidad que muchísimas personas de dos